

Herald M. McWatters

28 agosto 1960

No 2572 *Moselia*

floristic Michoacán - 23 de agos. del 1962 - N. 223

La Máscara Caída

Por Manuel López Pérez

El lunes, 22 de agosto, fue sepultado en el Panteón Jardín el señor licenciado Alberto Coria. Antes de que los diferentes enterradores relleñaran la fosa, varias personas que consideraron al muerto merecedor de elocuentes despedidas, quisieron pronunciar —y pronunciaron— elegiosos discursos. Tal hicieron el poeta e historiador don Cayetano Andrade, el representante del Tribunal Fiscal de la Federación, y el señor licenciado Alberto Bremauntz. Todos los oradores produjeron emotivas piezas: en sonoras cláusulas se recordó al estudiante que dejó las aulas nicolaitas para engrosar las filas revolucionarias, y Bremauntz, que fuera compañero de Cámara del desaparecido, le dedicó conceptos enalteciendo la radical conducta que lo caracterizó como militante de la lucha social, subrayando que fueron los dos —los dos Alberto— los que promovieron y lograron la reforma al Artículo 3o. Constitucional cuando impuso a los maestros la obligación de dar a los niños “un concepto racial y exacto del Universo”.

concluyendo que con este precepto ofrecía irrefutable testimonio de que la doctrina que inspirara la convicción, prédicas y conducta del luchador caído, era científica y emancipadora, progresista, contraria al clericalismo católico y a todo fanatismo religioso.

lo que el yacente había imaginado que podrían asegurarse sus amigos en aquellas circunstancias, que nunca había dejado de ser católico, apostólico-romano; que siempre había vivido, y había vivido, y había muerto, en el seno de la Santa Madre Iglesia. Finalmente, en forma ca-

Cuando se creía que los turnos oratorios estaban anotados, un desmedrado sujeto vestido de negro que de momento alguno concurrentes creyeron identificar como empleado de la Funeraria del servicio, comenzó a hablar y sus palabras convirtieron en sainete el entierro del padre de la "escuela socialista", ya que ni la majestad de la muerte fue capaz de evitar el ridículo al transformarse en ámbito de pachanga la solemnidad inicial del acto inhumatoria: El sacerdote orador, con voz unívoca y sobándose las manos, declaró que era sacerdote católico y confesor del Lic. Alberto Coria; que con el carácter y autoridad que le daba el haber sido director espiritual del difunto, estaba allí para cumplir una obligación que le había impuesto su hijo de confesionario, con

lo que el yacent había imaginado que podrían asegurar sus amigos en aquellas circunstancias, que nunca había dejado de ser católico, apostólico-romano; que siempre había vivido, y había vivido, y había muerto, en el seno de la Santa Madre Iglesia. Finalmente, en forma catégorica y haciendo para el uso de los poderes otorgados por el muerto para aquel mensaje póstumo, declaró que lo dicho era la más estricta verdad en la vida y muerte de Coria y no lo que hacía un instante habían expuesto otros oradores.

Aquí (¡canta, oh Musa!)
las cóleras de Alberto Bre-
mauntz. Quiso hablar de nue-
vo para increpar a los fami-
liares de Coria por permitir
que aquel cura echara un bo-
rrón sobre la conducta ejem-
plar y revolucionaria de su
amigo, pero todos los deudos
le dieron a entender que el
sacerdote estaba en lo justo
y decía la verdad de la cua-
ndo ellos también eran testigos.
Y no hubo más remedio que
callar y marcharse.

mos posiciones, lo que el asunto vale la pena, dado que el mensaje póstumo de Coria deja en el ridículo más espantoso la ortodoxia radicalona que ostentaron muchos farsantes durante un sexenio de la política mexicana. Y delimitación puramente simbólica es eso de un sacerdote (Pasa a la Pág. 3)

La Máscara...

(Viene de la Pág. 2)

enio.

Realmente, como lo insinuaba en sus coléricos afañados don Alberto Bremauntz, pudo Alberto Coria ser traicionado como ideólogo revolucionario, y organizarse la denista, fue don Alberto Santomina de acuerdo con el cura, porque resulta tentador para un ministro del culto católico exhibir ante la fe la ética de que eran dueños de marras. Quienes conocemos a Coria no creemos en el traicionamiento de sus familiares. Público y notorio fue en los círculos auténticamente revolucionarios de Morelia, el hecho de que don Alberto mordugaba diariamente para ir a misa. Cuando los estudiantes universitarios efectuamos agresiva manifestación en la capital michoacana pro pugnando la clausura de la Escuela Libre de Derecho— jurisdicción docente del Padre Avella—, los normalistas expulsaron de su planteel a quienes no cooperaron en la lucha. Y fué don Alberto Coria quien entonces se trasladó a Pátzcuaro para entrevistar al Gobernador Lázaro Cárdenas y obtener autorización para intervenir como miembro de una comisión es-

pecífica en el problema de la Normal. Su actuación fue favorable al regreso de los expulsados. Al fundarse la Federación Revolucionaria Michoacana del Trabajo, insitución domésticamente car- ria el primer Secretario General. Y todos los campesinos para un ministro del culto se quejaron, mientras daban su período de representación nacional la contextualización, de que Coria era un des- jadores un regateo de punta de dedos, porque se apresuraba a escamotear la mano a través de las bocas-carteras de su pelerina. Todos estos datos obligan a presumir, y las presunciones tienen una gran fuerza cuando son de fama pública, que Alberto Coria no era lo que quiso aparentar por un oportunismo al que ciertos indígenas son muy inclinados.

Pero se dice que fué autor de la reforma al Artículo 30. el del "concepto racional y exacto del Universo". Lo más probable es que la voz de Alberto Coria haya sido la del ganso: no sería imposible que se hubiera prestado a responsabilizarse del proyecto. Razones: el ya familar ejecutivismo que padecen los pueblos de América, las escasas luces dialécticas de don Alberto, muy inferior a las de Manlio Fabio Almirano sobre las que existen los dimes y diretes con Luis Enrique Erro; el hecho de haber evadido sin habilidad siquiera las preguntas

de los periodistas sobre temas doctrinarios relativos a la reforma (se negó a contestar, porque no tenía a la mano sus apuntes).

Por otra parte ¿qué podían ganar los familiares de Alberto Coria con calumniarle? Nada. Las gentes de izquierda, los revolucionarios auténticos, verán en Coria a un sujeto asqueroso. El cura que divulgó su mensaje póstumo no dijo que Alberto se había convertido, sino que nunca fue lo que se había dicho que fue. Las gentes de derecha no llegarán a la depravación de absolverlo por su conducta hipócrita, ya que la

gioso de la caridad, enviando el "error" a la mente de los niños de las escuelas oficiales y al peligro y a la muerte a los maestros que lo arrojaron o la recibieron de manos de los seráficos creyentes. Los niños "corrompidos" por la reforma del Artículo 30. claman justicia contra el farsante; los maestros desorejados y los maestros muertos claman también justicia contra el farsante. La Iglesia es la única que algo pu-

(Viene de la Pág. 3)

ganar, pero tan poco, que más valía una pérdida: mostró orgullosamente de lo que n capaces sus " fieles". Frustrados del árbol humano, insolventes mentales, empleados —victimas de obsesiones torturantes—, norales y anticristianos por adidura.

Aceptamos como verdad lo que por el sacerdote católico en el sepelio de Alberto Coria: nunca fue un revolucionario, sino un oportunista su nombre debería ser "lein" como de Peer Gynt di Rodó. Defraudó a las autonolaitas, las representaciones populares revolucionarias; defraudó a la propia Iglesia Católica, porque con conducta falsa y de oportunismo, en nada, absolutamente en nada la benefició, menos que el histrionismo del padre del Artículo 30. sea considerado como una denuncia de la Gran Demagogia. esa denuncia es un luto común, muy común.

multidado

Heraldo Michoacano
28 agosto 1960
7. 2572 Morelia